

deigual aigual

Patxi Irurzun

8 HISTORIAS DEL COMEDOR SOLIDARIO PARIS365



LA NIÑA DEL PARÍS (Abdou y Khady)

El primer día que fui a entrevistar a Khady y Abdou me di cuenta de que su casa, en el barrio de la Rotxapea de Pamplona, pudo haber sido la mía. En cuanto entré al portal todo comenzó a resultarme familiar y después de atravesar aquella extraña escalera que subía para luego bajar y después volver a subir, como una montaña rusa recorrida a pie, recordé que yo ya había estado allí en otra ocasión.

BIZI NAHI DUT (Montxo)

Montxo tiene 58 años, y aunque camina hacia mi mesa algo encorvado, con alguna carga invisible a las espaldas, su planta es todavía la de un hombre alto. En la cabeza lleva una gorra negra, con una cremallera sobre la visera, que le da un toque juvenil y de aventurero (Montxo ha vivido más de veinte años en diferentes países de Latinoamérica). Tiene buen aspecto. Cuesta creer que hace apenas cinco años, cuando llegó por primera vez al Paris 365 pesara apenas 60 kilos y no se sintiera con fuerzas para seguir viviendo.

—No acabé entonces con todo porque no tuve cojones— me dice.

CUANDO EL CORAZÓN TIEMBLA (Isaac)

Un día a mi padre le entró un espíritu en el cuerpo mientras dormía. Entró con mucha fuerza, por la cabeza. “¿Quieres trabajar conmigo?”, le preguntó. Mi padre no contestó. Tenía miedo de decir que no. Pensaba que el espíritu podía matarle. El espíritu durmió durante un año dentro de mi padre, y después despertó y volvió a hablarle. Le ordenó que recibiera a la gente en su cuarto, y así fue como los enfermos empezaron a venir a la casa. El espíritu tenía un lado derecho y otro izquierdo. El cuerpo de mi padre era, pues, como una casa; o como un hospital con muchas puertas.

AÑOS DE PERRO (Izaskun)

“Muchas veces sucede también que te encuentras con compañeros del comedor fuera de él, acompañados por otras personas, y no te saludas o evitas hablar del comedor, porque desconoces si esas otras personas saben que su amigo o su familiar está yendo al Paris 365, si se lo ha contado y lo vive con naturalidad o prefiere mantenerlo en secreto”, me cuenta.

CUICHÁN

Cuichán tiene una paleta de colores dentro de la cabeza y en el pecho un corazón con alas que lo trajo desde Ecuador a Europa en el año 2000. Se plantó en el aeropuerto de Barajas vestido de indígena, con cuarenta años y cincuenta euros en el bolsillo. Venía persiguiendo un sueño que en realidad ya había cumplido: ser artista. Cuichán es artista desde que nació y lo será hasta que se muera. No concibe la vida de otro modo. El arte es su pan y sus zapatos, aunque a veces los zapatos se desfonden y el pan sea duro.

UNA VIDA ENTRE LÍNEAS (Tania)

Su hijo mayor, Alberto, nació con una hidrocefalia, que le provocó una epilepsia y una pequeña discapacidad intelectual. “Ahora tiene 21 años, pero es como un niño pequeño”, dijo Tania. Y me explicó también que desde que era muy pequeño requería una serie de cuidados que en Ecuador le resultaba difícil proporcionarle (“Allí teníamos que comprar nosotros hasta los algodones, para el hospital”, dijo), y que ella misma cocinaba, organizaba ferias de comida para conseguir el dinero, cada vez que tenían que cambiarle una de las válvulas que su hijo lleva en la cabeza.

LA VIDA LOCA de José Luis

A la vida de José Luis le iría bien, como banda sonora, alguna canción de Sinatra. Ha estado arriba y abajo. Dentro y fuera. Más fuera que dentro, casi siempre. Durante años ganó en un solo día dinero suficiente para comprarse un piso, y ahora vive en una habitación compartida. Hijo de un preso del fuerte Ezkaba, se enroló en la legión francesa y trabajó como croupier, en casinos clandestinos. Ha vivido, en definitiva, con intensidad y no se arrepiente, ni mira atrás con nostalgia o culpabilidad. Hoy es usuario y voluntario del Paris 365 y cobra una pensión de jubilación de poco más de trescientos euros. Pero no se queja. “Es lo que hay”, dice.

LA ROTONDA (Mohammed)

“Fue como llegar a una rotonda en la que no hay señales ni salidas, y en la que de repente te encuentras dando vueltas sin saber qué hacer, a dónde ir, asustado”, dice Mohammed, recordando el día que en la oficina de extranjería de Pamplona, a la que había acudido a renovar su permiso de residencia, le cortaron la tarjeta con una tijera, delante de sus narices.